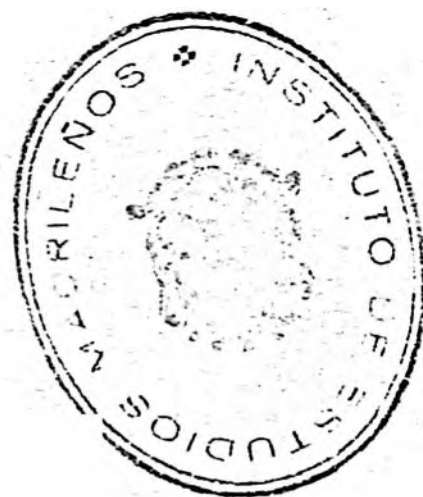


ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo I



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1966

S U M A R I O

	<i>Páginas</i>
PRESENTACIÓN	5
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Patronato. Junta Directiva	11
Miembros numerarios	12
Miembros honorarios y numerarios fallecidos	17
Actividades del Instituto durante 1965, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	19
Apuntes para una futura bibliografía del Instituto, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	25
SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS	
Don Agustín González de Amezúa, por <i>Juana de José Prades</i>	41
Don Cayetano Alcázar Molina, por <i>José Cepeda Adán</i>	59
ESTUDIOS	
Algunos aspectos del Madrid de Felipe II, por <i>José Antonio Martínez Bara</i>	67
El proceso de Carranza: Algunas consideraciones, por <i>Manuel Fernández Alvarez</i>	77
Recepción madrileña de la reina Margarita de Austria, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	85
Anales de la construcción del Buen Retiro, por <i>José María Azcárate</i>	99
El Madrid y los madrileños del siglo xvii según los visitantes ingleses de la época, por <i>Patricia Shaw Fairman</i>	137
Madrid en la vida y obra de Pedro Liñán, por <i>Maximino Marcos Alvarez</i>	147
Ediciones olvidadas del teatro de Tirso de Molina, por <i>Fray Manuel Penedo Rey (O. de M.)</i>	161
Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos xvi y xvii, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	169
Músicos madrileños y músicos madrileñizados. (Páginas históricas), por <i>José Subirá</i>	209
El Madrid de Carlos III en las cartas del marqués de San Leonardo, por <i>José Cepeda Adán</i>	219
Bodas reales bicentenarias en Madrid, por <i>Florentino Zamora</i>	231
El Puente de Viveros. (Accesos de Madrid en el siglo xviii), por <i>M.^a del Carmen Pescador del Hoyo</i>	253

Fuentes para el conocimiento histórico-geográfico de algunos pueblos de la provincia de Madrid en el último cuarto del siglo XVIII, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	263
«El Duende crítico de Madrid» en el siglo XVIII, por <i>Isidoro Montiel</i>	279
Contratiempos lírico-teatrales madrileños, por <i>Nicolás Álvarez Solar-Quintes</i>	297
Acerca de un supuesto madrileño: don Pedro de Estala, por <i>Jorge Demerson</i>	309
El Catastro en la provincia de Madrid durante el pasado siglo, por <i>José Gómez Pérez</i>	315
Apostillas al homenaje de la Real Academia Española a Lope de Vega en 1862, por <i>Ramón Esquer Torres</i>	327
Fiestas madrileñas del Centenario del Descubrimiento de América, por <i>José del Corral</i>	335
Notas para el estudio del habla en Madrid y su provincia, por <i>Antonio Quilis</i>	365
La prensa madrileña como tema de investigación universitaria, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	373
Pasado, presente y futuro de la red de caminos de la Excelentísima Diputación Provincial de Madrid, por <i>Ángel Torres Ossorio</i>	379
El Museo del Monasterio de la Encarnación, por <i>Paulina Junquera</i>	385
La nueva estructuración parroquial de Madrid, por <i>Jacinto Rodríguez Osuna</i>	391
El problema de la circulación en Madrid, por <i>Antonio Valdés y González Roldán</i>	405
Índices estadísticos de nuestro Madrid y su evolución contemporánea, por <i>Ricardo Vilalta Fargas</i>	413
Planes municipales en Educación y Cultura, por <i>Antonio Aparisi</i>	423

MEMORIAS Y RECUERDOS

Las tertulias médicas de antaño: Cajal en los cafés madrileños, por <i>José Álvarez-Sierra</i>	433
Los saloncillos de autores, por <i>Federico Romero</i>	443
Mis primeros recuerdos madrileños, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i>	455
Azorín, años atrás. (Unas cuartillas inéditas del Maestro), por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	467

MATERIALES DE TRABAJO

Catálogo de manuscritos madrileños que se conservan en el British Museum, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	475
Nómina de escritores naturales de Madrid y su provincia (siglos XV-XVIII), por <i>José Simón Díaz</i>	501

AZORIN, AÑOS ATRAS
(Unas cuartillas inéditas del maestro)

Por MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS

Vana pretensión la de intentar trazar a estas alturas de la vida de unos y otros, de Azorín, de los de su generación y subsiguiente, un nuevo juicio crítico, una semblanza al menos sobre tan destacada y sobresaliente personalidad literaria siempre en un plano de actualidad. Todo cuando quedaba por decir se ha dicho ya en estos últimos años en que el gran estilista se ha visto homenajeado y atendido oficial y particularmente. Sin embargo, todo cuanto de José Martínez Ruiz, «Azorín», se ha dicho no han dejado de ser opiniones o testimonios personales. Azorín no es comunicativo; no lo ha sido nunca. Ha sido un escritor introspectivo. No ha dejado traslucir nada, no ha dicho nada de sí mismo. Tan sólo si ha dejado llevar su personalidad en sus escritos. Ellos mejor que sus recuerdos, que una desperdigada autobiografía reflejan con claridad, a nuestro entender, su carácter y temperamento. Azorín es escueto, parco, tajante en su literatura. La sobriedad —y austeridad— de su vida está harto reflejada en sus libros, en sus artículos, en la extensión o brevedad de sus escritos, de sus opiniones y pensamientos. En realidad este carácter de Azorín, responde en cierto modo a la formación estética, política y social de los hombres de la llamada, más o menos impropriamente, «generación del 98».

Unamuno, Baroja, Maeztu y antecedente de Ganivet, son la más auténtica expresión, no ya del pensamiento, sino de las directrices humanas y de la reacción del hombre ante las circunstancias, ante los problemas no ya individuales, sino de su patria.

Azorín, nonagenario, mantiene el mismo espíritu que animó a lo largo de su vida. Ya hemos dicho que no es verbal, comunicativo, dialoguista. En la

España de la controversia, en la España de tertulias de café, Azorín no tiene puesto. Mira, observa, contempla y despacio, avizorándolo todo, auscultando la vida de su torno, prosigue su camino. Han quedado atrás los años de inquietud juvenil, de su evolución formativa. Azorín se retrae de la vida mundana, de la vida social, de la vida colectiva. Le gusta la soledad, el silencio, la nocturnidad laboriosa. De vez en cuando pasea, visita las librerías y puestos de obras de lance. Va en busca de ediciones que ha enmohecido el tiempo. Igual hacía en París. Ultimamente siente la afición del cinematógrafo. Le gusta su dinamismo, su plasticidad fotográfica en movimiento. Observa la vida y la comenta. La comenta a través de los recuerdos de su infancia, de su juventud, de su adolescencia. Ejemplo: sus últimos libros, pequeños, esquemáticos, concisos, narrativos, pero sin aditamentos literarios superfluos, sin palabrería. *Agenda, Posdata, Ejercicio de castellano, El enfermo, Los recuadros*, producto de sus acostumbradas vigiliass, del emocional y a veces inquietante silencio de la madrugada.

Azorín es personaje distinto a todos los personajes, escritor diferente a todos los escritores —en otro aspecto lo serían también Baroja y Valle Inclán—, pensador al estilo meditativo, casi filosófico, un tanto escolástico. En mi vida profesional —ya larga y siempre activa— no me ha sido dable acercarme a él. Andamos por distintos caminos. El por el camino real; yo por una veredita. Siempre respeté el aislamiento, el no dejarse ver del maestro. Mi comunicación con él ha sido siempre epistolar. Mis cartas, a mi juicio siempre justificadas, merecieron en todas las ocasiones la deferencia de su respuesta. En cierta fecha lejana —1944— y con motivo de una aportación de opiniones de grandes figuras de la vida nacional, que habían de ser difundidas a todo el país por medio de la radio, solicité del maestro Azorín unas cuartillas que reflejaran su pensamiento en torno a problemas literarios y estéticos, a mi entender de palpitante actualidad, cercanas e inmediatas las circunstancias e influencias que en el mundo pudieran ejercer las últimas guerras. No rehuyó el maestro Azorín la petición que devocionalmente hacía y pocos días después recibía la siguiente carta:

«Madrid, 18 de mayo de 1944.

Señor don Mariano Sánchez de Palacios.

Distinguido amigo: mucho agradezco la honrosa invitación. Pero no podré ir ante el micrófono; estoy enfermo y me es totalmente imposible. Así lo he

dicho en otras varias ocasiones. En ésta, le envió una cuartilla, en que reflejo mi pensamiento, por si usted la cree aprovechable.

Atentamente le saludo,

Azorín

S. c. Zorrilla, 19.»

Con este natural breve escrito, que justificaba su ausencia personal, recibí un par de folios mecanografiados y con su firma autógrafa a lápiz, que respondía con toda la sutilidad y penetrante pensamiento a mi breve cuestionario. Una serie de circunstancias ajenas al propio Azorín, como se ve, y a mí mismo; dejaron inéditas las admirables líneas del maestro.

Dicen así:

—*¿Cuál cree usted que debe ser la orientación literaria de la nueva generación española?*

—La orientación de las nuevas generaciones no saben los actuales cuál ha de ser. Lo saben, si acaso, los venideros; es decir, se sabe cuando ya no se puede hacer nada. La otra está cumplida hace tiempo y no podemos hacer otra cosa que decir cuál debió ser, a nuestro juicio, el camino que se debió seguir. Y eso es lo que hacemos con el romanticismo, con el naturalismo y con las demás sectas estéticas.

—*¿Cree usted que las guerras no solamente crean una literatura nueva o de guerra, o, por el contrario, con otros derroteros y otras enseñanzas?*

—Las guerras no influyen absolutamente nada sobre el arte literario. La Historia nos lo demuestra. Catorce años duró la guerra de Sucesión. No se ve rastro de ella en la literatura. Siete años duró la primera guerra civil. Tampoco vemos vestigio en el arte. Antes, mucho antes, se estuvo batallando durante once años en la primera de las tres guerras de Granada. No conocemos ninguna influencia de esos once años bélicos en las letras posteriores. Hablamos siempre de influencias hondas, decisivas, no de cosas efímeras y frus-tráneas.

—*¿Qué escritor mundial cree usted que será la figura cumbre de nuestro siglo?*

—El arte no tiene nada que ver con el espacio. No veo qué relación tenga lo mundial o lo lugareño con el arte. Se puede ser planetario y no ser, realmente, nada. Se puede no ser más que un artista conocido de cuatro lectores,

y ser mucho en el arte. El arte es vertical, y no horizontal. Ni veo qué es lo que significa esa imagen de cumbre. No parece sino que un valle feraz no vale más que un eminente risco pelado. Dejemos las imágenes y escribamos en estilo escueto, cartesiano, o si se quiere, como escribía Huarte de San Juan, por citar un filósofo español.

—¿En nuestra literatura de toda época, qué figura ha llegado a apasionarle más hondamente?

—Las figuras literarias cambian. Las cambia el tiempo y las cambia la sensibilidad del lector. No es lo mismo el *Quijote* leído a los veinte años, que leído a los sesenta. Ni es igual un libro gustado en el contento, que fruido en la desesperación. Las figuras del arte son huidizas y fallecederas. Huyen de nosotros cuando tratamos de aprehenderlas, y mueren, cuando más vivas, para resucitar impensadamente, con nuevo rejoy. No tratemos de llevar lo absoluto a lo que es contingente. Si lo hiciéramos, desaparecería el arte.

—¿Cree usted que nuestra literatura de principios de siglo cumplió su cometido o, por el contrario, en líneas generales, desvió o tergiversó la orientación española?

—Las literaturas cumplen siempre su cometido. Son como deben ser. De otro modo, no serían. Volvemos a lo mismo; al pleito eterno entre Heráclito y Parménides, entre el devenir y lo inmutable. No creo que este perdurable problema lo resuelva ninguna generación.

* * *

Pasado algún tiempo —año 1956— se celebró en el teatro del Círculo de Bellas Artes, una feliz reposición en función única de *El sí de las niñas*. Mi intervención directa en tal representación determinó que, queriendo dar a la misma toda la solemnidad que a mi juicio el caso requería, solicitase de nuevo de Azorín unas cuartillas, que habrían de ser leídas por el primer actor antes de la representación de la famosa obra de Moratín. Azorín remitió las cuartillas, que, en cierto modo —sólo una vez fueron leídas—, pueden considerarse inéditas.

«La Farándula de una representación única de *El sí de las niñas*. Estamos asistiendo en España, desde hace algún tiempo, a un hecho notable: el teatro desborda de las escenas profesionales y se desparrama por las escenas privadas. Siempre han existido teatros particulares: en el siglo XVIII, la *Raquel*, de Huerta, se representó en residencias aristo-

cráticas y en teatritos modestos. El público de entonces lo componían allegados, familiares, espectadores ocasionales, gentes, en suma, propicias al aplauso benévolo. La novedad de ahora estriba en que el mismo público de los grandes teatros se interesa en los teatros chicos. Con ello ganará el gusto; avezado ese público a las rarezas de los teatros privados, será más transigente en los teatros grandes.

Moratín es un comediógrafo fino, escrupuloso en la observación. Tradujo el *Hamlet*, de Shakespeare. Sus observaciones sobre Shakespeare, en el prólogo y en las notas de su traducción, son discretas, circunspectas.

En Londres, en 1792, Moratín asistió a una curiosa representación de Shakespeare; se había anunciado en el teatro una obra de Shakespeare y una comedia de magia. El público acudió, no por Shakespeare, sino por la mágica comedia. Y era tal su impaciencia que, con su estrépito y vocerío, no le dejó oír a Moratín la obra del gran poeta.

Cabría ahora discurrir sobre si *El sí de las niñas* representa la sociedad en que se produce. El tema es muy interesante. Ha existido un autor de innumerables comedias, Eugenio Scribe, que, en un discurso académico, sostiene la tesis de que el teatro no refleja las costumbres. No ando yo lejos de tal especie cuando considero nuestro teatro clásico —creación poética independiente— y cuando contemplo el teatro romántico, parto de mentes calenturientas. De todos modos, si doña Irene, por ejemplo, en *El sí de las niñas*, no es de su tiempo, será porque es de todos los tiempos. Ya no estará, naturalmente, en su casa de Madrid, Lobo, 7, 2.º; pero podremos encontrarla en cualquier otra casa, si ponemos empeño en buscarla.

No digo más: quiero ser breve. Lo que pido a todos es un recuerdo emocionado para el inmortal comediógrafo madrileño.

Azorín

1956.»

Siempre estimé que estas dos expresiones del pensamiento de Azorín, merecían salir de la carpeta de mi archivo. Con ellas va mi devocional y admirativa, respetuosa también afección al maestro.